

blo de Israel de Egipto; pero en todos esos no hubo cosa que se igualase con aquel celo y ferviente caridad con que intercediendo á Dios por el pueblo dijo (1): *Aut dimitte eis hanc noxam; aut si non facis, dele me de libro tuo, quem scripsisti*: Señor, ó perdonad al pueblo de este pecado, ó borradme á mí de vuestro libro. Esta dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo que fue la mayor hazaña que hizo Moisés, con haber hecho tantas y tan maravillosas.

CAPÍTULO XI.

Cuán eficaz medio sea este celo para ayudar y aprovechar á los prójimos.

Este celo es muy gran medio, y muy eficaz para ayudar y aprovechar á los prójimos: lo primero, porque es un fuego, como habemos dicho: así como el fuego es muy activo y procura convertir todas las cosas en sí, así lo hace si está dispuesta la materia, y sino él la va disponiendo para ello; así si arde en nosotros este fuego y celo de amor de Dios, luego le pegaremos á los otros, y los abrasaremos en amor de Dios, y los convertiremos en nosotros, haciendo que sean tales como nosotros somos, como decia san Pablo (2): *Opto omnes, qui audiunt,*

(1) Exod. xxxii, 32.

(2) Act. xxvi, 29.

fieri tales, qualis et ego sum. Deseo que todos seais como yo soy; y mientras no son tales, los iremos disponiendo para que lo sean. No está ociosa la caridad; porque es un fuego que nunca está quedo, sino siempre bullendo: siempre obra grandes cosas la caridad, dice san Gregorio: *Charitas magna operatur, si est; si autem non operatur, magna non est*; y si no hay estas obras, ó no habrá caridad, ó á lo menos no será grande.

Lo segundo, es este celo muy principal medio para ayudar á los prójimos; porque de aquí nace el aplicarse uno mucho á sus ministerios, y de andar siempre deseando y buscando en qué emplearse en ayuda de los prójimos, y que no sea menester llevarnos á eso por fuerza, que nos habíamos de avergonzar de esto, sino que nos hallen siempre á punto, y que antes nosotros deseemos hacer mucho mas de lo que se ofrece: y en esto va mucho; porque bien se ve que cuando hacemos una cosa con gran deseo, hacemos doblado; y así importa mucho tener este celo, porque con él andamos vivos, y sin él muertos.

Lo tercero, de aquí nace el buscar medios para ayudar á los prójimos, y aun el hallarlos tambien; porque la buena gana es buena inventora y halladora de medios para conseguir lo que desea. Dice san Buenaventura (1): *Ubi autem talis inest affectus, illic*

(1) Bonav. proces. 5 Relig. cap. 17.

necessario non deerit subventionis effectus, quantum patitur opportunitas. No hayais miedo que le falte que hacer en provecho de los prójimos al que tuviere este celo, ni medios para hacerlo. Si no tuviere que hacer en casa, él lo irá á buscar fuera; y si no lo hallare donde lo buscaba, él irá al hospital y á la cárcel, en donde lo hallará. Siempre tendrán que hacer los operarios que tuvieren este celo; por eso los llama la Escritura unas veces cazadores: *Ecce ego mittam ei multos venatores*, dice Dios por Jeremías, xvi, v. 16, *et venabuntur eos de omni monte, et de omni colle, et de cavernis petrarum*. Yo les enviaré muchos cazadores que saquen la caza de los agujeros y vivares: otras veces los llama pescadores; porque no aguarda el pescador que se le vengán los peces á las manos, sino él los va á buscar, y los arma con diversas maneras de ingenio, y con cebos particulares y exquisitos: y pues el demonio es tan diligente para perder las almas, razon será que nosotros lo seamos para ganarlas.

Lo cuarto, cuando hay este celo todo se hace fácil, véncense todas las dificultades, ningun trabajo se pone delante. San Dionisio Areopagita (1) á este celo parece que atribuye el haber Cristo nuestro Redentor llevado con tanta constancia y fortaleza los

(1) Dionys. Areopag. cap. 4 de divin. nominibus.

trabajos de su pasión: dice que el coraje que tenia contra el pecado le ayudó en esta batalla; y trae para esto aquello del profeta Isaías, lxiii, v. 3 et 5: *Torcular calcavi solus, et de gentibus non est vir mecum: calcavi eos in furore meo, et conculcavi eos in ira mea, et indignatio mea ipsa auxiliata est mihi*. La ira é indignacion que tenia con el pecado, esta dice que le ayudó.

Lo quinto, de este celo nace tambien la ferviente oracion, que no se aparta de Dios hasta haber negociado, como leemos de muchos Santos, que se ponian de por medio entre Dios y el pueblo, y no cesaban ni descansaban hasta aplacar á Dios con su oracion.

De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio se cuenta en su vida, lib. 5, cap. 3, que estando un hombre en París miserablemente perdido por unos amores deshonestos de una mujer con quien vivia mal, como no pudiese por ninguna via desasirse de ellos, se fué un dia á esperarle fuera de la ciudad, y sabiendo que habia de pasar por junto á una laguna ó charco de agua, yendo á donde le llevaba su ciega y torpe aficion, entróse san Ignacio dentro del agua frigidísima hasta los hombros, y viéndole desde allí pasar, le dijo á grandes voces: Anda, desventurado, anda, y véte á gozar de tus súcios deleites; ¿y no ves el golpe que viene sobre tí de la ira de Dios? ¿No te espanta el infier-

no que tiene su boca abierta para tragarte, ni el azote que te aguarda, y á toda furia va á descargar sobre tí? Anda, que aquí estaré yo atormentándome y haciendo grande penitencia por tí hasta que Dios aplaque el justo castigo que ya contra tí tiene aparejado. Espantado el hombre con tan raro ejemplo de caridad, paró; y herido de la mano de Dios, volvió atrás confuso y atónito, y apartóse de la torpe y peligrosa amistad de que antes estaba cautivo.

CAPÍTULO XII.

De tres cosas que nos ayudarán á tener celo.

Fuera de lo dicho, tres cosas especialmente nos ayudarán mucho para tener este celo, y desear y procurar con mucha diligencia la salvacion de las almas. Lo primero y principal será ver lo mucho que amó y estimó el Hijo de Dios las almas; pues dió su vida y su sangre por ellas, y la tuvo por bien empleada (1): *Pro quibus Christus mortuus est.* Sangre de Cristo en la tierra grande señal es del valor de un alma, y de la estima que de ella tiene Dios, y del amor con que la ama. Esto es lo que ha de mover y animar á andar siempre con este celo y con esta solicitud en nuestros ministerios, y que se nos vaya el corazon tras las almas procurando su salvacion: *Charitas enim Christi ur-*

(1) I Cor. VIII, 11.

get nos, decia san Pablo (1): La caridad nos ha de estar solicitando y compeliendo siempre á eso: ¿cómo no darémos nosotros la sangre por aquel por quien el Hijo de Dios dió la suya? ¿Y cómo no darémos la vida por aquel que murió por darnos á nosotros vida? Que no se puede sufrir que muera Dios por una alma, y que la vea yo irse á perder, y á caerse en el infierno, y que la pueda ayudar y no lo haga: no lo puede eso sufrir la caridad. Hásenos de ir el corazon tras las almas, y ese ha de ser el mayor de nuestros cuidados, como lo era al apóstol san Pablo, el cual entre todos los trabajos exteriores que padecía, que eran muchos (2): *In laboribus plurimis, in carceribus abundantius, in plagis supra modum, in mortibus frequenter;* lo que mas cuidado le daba y le traía mas afligido y congojado era la solicitud de las iglesias y de las almas: *Præter illa, quæ extrinsecus sunt, instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium ecclesiarum.*

San Agustin (3) sobre aquellas palabras de san Juan: *Jesus ergo fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem,* dice que con mucha razon se compara Cristo á la gallina: *Quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluit?*

(1) I Cor. V, 14.

(2) II Cor. XI, 23.

(3) August. tract. 15 super Joan. IV, 6; Matth. XIII, 37.

Porque las demás aves no las conoceréis si son madres ni si tienen hijos, sino es cuando las veis en sus nidos sobre sus pollitos; pero la gallina párase tan macilenta, y tan flaca cuando cria, tiene aquellas alas tan caidas, está tan crespa y despeluzada, tan ronca y descaecida, que aunque no la sigan los pollos, luego conoceréis que es madre: así dice san Agustin que andaba Cristo nuestro Redentor en busca de las almas enflaquecido, fatigado y cansado. Pues así nosotros habemos de tener tanto celo de las almas, y andar tan solícitos y cuidadosos de criar hijos espirituales, que nos traiga eso flacos, desvalidos y olvidados de todas nuestras comodidades, como lo vemos en Cristo, que aunque fatigado del camino y de la hambre, con todo esto no quiso comer, teniendo mas cuenta con la salud de las almas que con el mantenimiento necesario del cuerpo; y así diciéndole sus discípulos que comiese, respondió (1): *Ego cibum habeo manducare, quem vos nescitis: levate oculos vestros, et videte regiones, quia albæ sunt jam ad messem:* Yo otro manjar tengo que comer que vosotros no sabeis; presto veréis venir convertidos los samaritanos: ese es mi manjar, la conversion de las almas; ese ha de ser tambien el nuestro.

El P. M. Ávila (2) trae otra buena consideracion para mover-

(1) Joan. IV, 32, 35.

(2) M. Avila, cap. 96 del Audi filia.

nos á este celo: dice que aunque por una parte sea gran verdad que de los bienes que el Señor nos hace no busca ni quiere retorno, porque lo que da, por amor puro lo da; mas mirándolo por otra parte ninguna cosa da de la cual no lo quiera, no para provecho suyo, pues es riquísimo y señor de todas las cosas, y de ninguna tiene necesidad: *Tu Dominus universorum, qui nullius indiges;* sino para provecho de los prójimos, que tienen necesidad de ser amados y socorridos. Declara esto con una comparacion. Así como si un hombre hubiese prestado á otro muchos dineros, y héchole otras muchas buenas obras, y le dijese: De todo esto que por vos he hecho no tengo necesidad; mas todo el derecho que contra vos tenia lo cedo y traspaso en la persona de fulano, que es necesitado, ó es mi pariente ó criado; dadle á él lo que á mí me debeis, y con ello me doy por pagado; de esta manera habemos de mirar nosotros al prójimo: habemos de entrar en cuenta con Dios, y mirar lo mucho que yo he recibido de su mano, que me crió y redimió con su propia sangre: cuántos beneficios particulares me ha hecho no castigándome por mis pecados, esperándome á penitencia, dándome bienes en lugar de males, con otras innumerables mercedes que no se pueden contar; y luego habemos de hacer cuenta que todas estas deudas y obligaciones las cede y

traspasa Dios en los prójimos, y que se da por pagado con el servicio y buenas obras que les hiciéremos á ellos. De esta manera arderá en nuestro corazón este celo y amor de los prójimos: lo uno, considerándolos como á hijos adoptivos de Dios y hermanos de Jesucristo nuestro Redentor, que dió por ellos su sangre y su vida; y lo segundo, mirándolos como á acreedores, á quienes cedió y traspasó Dios lo mucho que á él debíamos por tantas y tan innumerables mercedes como nos ha hecho.

Ayudarán también para esto considerar que no podemos tomar mejor medio para satisfacer por las muchas ofensas que nosotros habemos hecho contra Dios, que ayudar y ser instrumentos para que otros le dejen de ofender, y le sirvan de ahí adelante muy de veras, conforme á aquello del apóstol Santiago, v, v. 20: *Qui converti fecerit peccatorem ab errore viae suae, salvabit animam ejus à morte, et operiet multitudinem peccatorum.* Y notó esto muy bien san Agustín (1), sobre aquello de san Lucas, cuando Cristo nuestro Redentor sanó á aquel hombre de la legion de demonios que le atormentaba. Dice el sagrado Evangelio que viéndose sano, en agradecimiento del beneficio recibido, quiso quedarse con Cristo, y él no lo consintió, sino mándale que vaya á predicar y publicar las

(1) August. lib. 2 q. Evang. q. 13.

mercedes que el Señor le había hecho: *Redi in domum tuam, et narra quanta tibi fecit Deus*; y así lo hizo: *Et abiit per universam civitatem, predicans quanta illi fecisset Jesus* (1). Eso es lo que el Señor quiere de vos en recompensa y satisfaccion de la merced que os ha hecho en sacaros del mundo, y de tantos pecados y peligros como en él hay, que ayudeis vos á que otros salgan de pecado y sirvan de todo corazón á Dios nuestro Señor.

CAPÍTULO XIII.

Cuál es el bueno y verdadero cielo que agrada á Dios, y cuál no.

Así como hay algunas que parecen virtudes, y no son verdaderas virtudes, sino falsas y fingidas, como dice el Sábio de la humildad (2): *Est qui nequiter humiliat se, et interiora ejus plena sunt dolo.* Hay algunos que parecen humildes, y no lo son: traen vestidos viles, andan la cabeza inclinada, los ojos bajos, hablan con voz humilde, suspiran muchas veces, y á cada palabra se llaman miserables y pecadores; y si les tocais con una palabra liviana, luego muestran lo que hay allá dentro, porque todo aquello era compuesto y fingido: así también dice el Apóstol que hay algunos ce-

(1) Luc. VIII, 30.

(2) Eccli. XIX, 23.

losos que parecen buenos, y no son sino indiscretos (1): *Testimonium perhibeo illis, quod emulationem Dei habent; sed non secundum scientiam*: Celo tienen, pero no según ciencia. Tal fue el celo que tuvieron los discípulos de Cristo, Santiago y san Juan, cuando viendo que no les querían recibir los samaritanos, se indignaron mucho contra ellos, y dijeron (2): *Domine, vis dicimus, ut ignis descendat de caelo, et consumat illos?* ¿Señor, queréis que mandemos que baje fuego del cielo y los abrase y consuma á todos? Y así les reprendió el Redentor del mundo, diciendo: *Nescitis, cujus spiritus estis. Filius hominis non venit animas perdere, sed salvare*: No conocéis el espíritu de la ley de gracia, que no es de rigores y castigos. El hijo del hombre no vino á destruir los hombres, sino á salvarlos. Pues para que no erremos en una cosa de tanta importancia, declararemos aquí cuál sea el celo que no es según ciencia, y cuál el bueno que agrada á Dios, para que procuremos este, y nos guardemos de aquel.

San Dionisio Areopagita trata de este punto muy bien (3): dice que así como á los ciegos que no atinan ni saben por dónde han de ir no les damos por eso de palos, ni nos enojamos contra ellos, sino

(1) Rom. x, 2.

(2) Luc. IX, 54.

(3) Dionys. Areopag. epist. 8 ad Demophilum, de mansuetudine et benignitate.

antes los tomamos de la mano y los guiamos, compadeciéndonos de ellos; así habemos de hacer con los pecadores que son ignorantes y ciegos, como decía el profeta Sofonías, I, v. 17: *Ambulabunt ut caeci; quia Domino peccaverunt.* No habemos de querer luego apalearlos, y que sean castigados y destruidos, sino compadecernos de ellos, y enseñarles el camino de la verdad, y guiarlos y ayudarlos con mucho amor y caridad, imitando á Cristo, que anda á buscar por los montes la oveja descarriada y perdida, llamándola y dándole el silbo; y hallándola, no le tira el cayado, sino tómalala sobre sus hombros, y tráela á su rebaño. Miradlo en el hijo pródigo (1), cómo se hubo con él, y las entrañas con que le recibió. Ese es el celo bueno y según Dios; y esotro celos é indignaciones contra los pecadores no son buenos ni agradan á Dios, porque no son conforme á su condicion y entrañas.

Trae san Dionisio á este propósito un ejemplo muy bueno y de mucho consuelo que le aconteció á san Carpo, varon de muchas revelaciones, y que no se llegaba á celebrar sin primero tener revelacion de ello. Dice que este Santo le contó que habiéndose uno convertido poco había á la fe de Jesucristo, un infiel le convirtió; y tomó el Santo tanta pena y tristeza de esto, que de congoja enfer-

(1) Luc. xv, 4; Rom. x, 2.

mó: esto era á la tarde, y **allá** cerca de la media noche él **tenia** costumbre de levantarse á **aquella** hora á alabar á Dios, y **levantóse** con aquel celo y enojo **que** tenia de los dos: del infiel, porque **habia** pervertido al nuevo cristiano, y del cristiano, porque se **habia** vuelto á la infidelidad; y **puesto** en oracion comenzó á **quejarse** á Dios, diciendo: No es **justo** que los malos vivan; ¿hasta cuándo los habeis de sufrir? Enviad, Señor, fuego del cielo que los **abrase**. Estando él en esto, dice **que** súbitamente le pareció que **toda** la casa en que estaba **habia** temblado, y de arriba abajo se **habia** abierto en dos partes, y que vino **un** fuego muy grande que **llegaba** desde allí hasta el cielo, y arriba de esotra parte del fuego **allá** en el cielo vió á Jesucristo **acompañado** de innumerables **Ángeles**; y mirando hácia abajo vió la tierra abierta, y una profundidad y oscuridad muy grande que **llegaba** hasta el infierno, y ponía grande horror y espanto; y dice **que** le parecia que aquellos dos **con** quienes él estaba indignado **estaban** junto á aquella abertura de la tierra temblando, y ya para **caer**; y que salían de **allá** bajo unas serpientes muy fieras, y que unas veces revolviéndoseles y enroscándoseles á los piés, otras con los dientes, y con otros visajes y meneos procuraban hacerlos **caer** y echar en el profundo; y **entre** las serpientes andaban tambien unos

hombres negros que procuraban lo mismo, unas veces tirando de ellos, otras dándoles empellones; y dice san Carpo que como él estaba tan indignado contra ellos, y **habia** pedido á Dios que bajase fuego del cielo que los consumiese, que se holgaba de verlos en aquel peligro, y que le pesaba mucho y se enojaba porque no acababan de caer, que parece que quisiera él ir á darles un empujón. En esto vuelve los ojos al cielo, y ve al misericordiosísimo Jesús que, apiadándose de ellos y del gran peligro en que estaban, se levantó de su trono celestial, y acompañado de los **Ángeles** baja á donde estaban aquellos miserables, dales su mano para sacarles de aquel peligro, y recibenles los **Ángeles** en su compañía; y vuélvese Jesucristo á san Carpo, que les queria dar el empujón para que acabasen de caer, y dícele: *Extenta jam manu percutere me; quia iterum paratus sum pro peccatoribus pati*: Extiende la mano, y hiéreme á mí; porque dispuesto estoy para volver á padecer y morir otra vez por los pecadores. ¿No te parece que es mejor estar en mi compañía y de los **Ángeles** que en compañía de las serpientes y de los demonios? Con esto desapareció la vision, y quedó este santo varon bien reconocido de su indiscreto celo, y enseñado para adelante, y nosotros en él; para que entendamos que no agradan á Dios esos celos, porque no quie-

re él la muerte del pecador, que le han costado mucho los pecadores, y son hijos de dolor (1): *Benoni, id est filius doloris mei*: engendrólos con grandes dolores en la cruz; costáronle su sangre y su vida, y así no querria que se perdiesen, sino que se convirtiesen y viviesen para siempre.

Estaba el profeta Jonás (2) muy triste y enojado porque no enviaba Dios sobre los ninivitas el castigo que él habia profetizado; y dícele Dios: ¿Piensas que es ese buen celo? Péstate á tí de que se seque la hiedra por la cual no trabajaste por un poco de sombra que te daba; ¿y no me pesará á mí de que se destruya una ciudad, en la cual solos los niños que no tienen uso de razon llegan á mas de ciento y veinte mil? Es tambien maravillosa sentencia á este propósito la que dijo el emperador Constantino en el concilio Niceno á un obispo llamado Acacio (3), que se mostraba muy duro en recibir á los que habian errado, y se convirtieron en el Concilio. Díjole el religiosísimo y piadosísimo príncipe: ¡Oh Acacio! pon la escala, y sube solo al cielo si puedes. Otro santo varon en otro caso semejante dijo á uno que se mostraba muy rígido: Si á vos os hubiera costado aquel vuestra sangre, como costó á Cristo, vos le recogeriais y recibiriais en vues-

tro rebaño, y no le dejarais **allá** fuera á peligro de lobos.

En el Éxodo, xxxii, nos pone la sagrada Escritura un ejemplo y dechado maravilloso del celo bueno y verdadero que han de tener los siervos de Dios. Tal ha de ser nuestro celo, como el que tuvo Moisés, cuando los hijos de Israel hicieron el becerro é idolatraron. Ponderálo muy bien san Agustin (1). Habia subido Moisés al monte á recibir de Dios la ley que habia de dar al pueblo, y habiéndola ya recibido en dos tablas, hechas por manos de Dios, y escritas tambien de su mano por entrambas partes, bajó del monte; y como halló que el pueblo habia hecho el becerro, y le estaba adorando, enojóse tanto, que hizo pedazos las tablas que traia en las manos. Mirad, dice san Agustin, cuán grande enojo tomó Moisés por el pecado del pueblo, pues quebró las tablas de la ley que acababa de recibir de Dios, hechas y escritas por su mano, y dadas con tanta solemnidad y con tantas preparaciones, despues de haber estado cuarenta dias y cuarenta noches en el monte, ayunando y tratando con Dios. Pues con ser su ira y enojo tan grande como esto contra el pecado, con todo eso se vuelve luego á Dios á rogar por el pueblo, y con tanta instancia, que le dice que le perdone, y sino le borre á él de su libro. Pues de esa manera, dice el San-

(1) Genes. xxxvi, 28.

(2) Jonæ, iv, 10.

(3) Histor. Eccles. part. 2, lib. 2, cap. 4.

(1) August. quæst. 49 super Exod.

to, ha de ser el celo de los verdaderos ministros de Dios: habemos de ser celosos de su honra, que por una parte nos lleguen al alma las ofensas hechas contra su divina Majestad, y así nos enojemos mucho contra el pecado; y por otra parte habemos de ser tan compasivos y misericordiosos con los pecadores, que luego nos pongamos de por medio para aplacar á Dios, y para alcanzarles perdon, como lo hizo Moisés.

Semejante ejemplo leemos tambien del apóstol san Pablo (1): *Veritatem dico in Christo Jesu, non mentior, testimonium mihi perhibente conscientia mea in Spiritu Sancto; quoniam tristitia mihi magna est, et continuus dolor cordi meo. Optabam enim ego ipse anathema esse à Christo pro fratribus meis, qui sunt cognati mei secundum carnem, qui sunt Israelite.* Por una parte tenia el Apóstol grande tristeza y dolor por los pecados de su gente, porque tenia grande odio y aborrecimiento al pecado; y por otra tenia tanta compasion y tanto deseo de su bien, que dice que deseaba ser anatema por su salvacion. Muchas explicaciones dan los Santos á esto de Moisés y de san Pablo. San Jerónimo lo declara (2) que se entiende de la muerte corporal: dice que deseaban estos Santos derramar la sangre y morir muerte corporal,

(1) Rom. ix, 1.

(2) Hieron. in epist. ad Algotian. q. 9, et super Joan. i.

porque los otros viviesen vida espiritual, y se salvaran; y prueba san Jerónimo que *anathema* en la sagrada Escritura muchas veces se toma por la muerte corporal. Pero dejadas otras declaraciones, el bienaventurado san Bernardo (1) da una muy tierna y regalada, como él suele: dice que habla allí Moisés con afecto y amor de padre, ó por mejor decir de madre amorosísima, á la cual ninguna cosa le puede dar contento si echan fuera á sus hijos, que no participen y gocen tambien de ella. Decláralo con este ejemplo: Si un hombre rico convidase á una mujer pobre, y la dijese: Entra tú á comer conmigo; pero ese niño que traes en los brazos hasle de dejar allá fuera, porque llora, y nos dará pesadumbre; ¿por ventura esta mujer aceptaria el convite con esta condicion? No por cierto, antes escogeria ayunar que dejar tal prenda: ó ha de entrar allá tambien mi hijo, ó sino no quiero vuestro convite. Pues de esa manera habla Moisés, dice san Bernardo; no quiere entrar solo en el gozo de su Señor, y que quede fuera el pueblo de Israel, á quien él amaba como á hijos.

Pues este afecto de madre, y estas entrañas de compasion y amor, son las que agradan mucho á Dios, y de esta manera ha de ser nuestro celo; y una de las virtudes que mejor le están al

(1) Bernard. serm. 12 super Cantic.

obrerros de Dios, es esta compasion de las almas que están tiranizadas del demonio; y así dice el apóstol san Pablo (1): *Induite vos ergo sicut electi Dei, sancti, et dilecti, viscera misericordie*: que nos vistamos de estas tiernas entrañas de misericordia como santos y escogidos de Dios, para parecer mucho á la condicion de Dios, y á aquel Pontífice grande que nos dió, del cual dice el mismo Apóstol (2): *Non enim habemus Pontificem, qui non possit compati infirmitatibus nostris.* Compadecámonos de nuestros prójimos como Cristo se compadeció de nosotros. San Ambrosio, en el libro segundo de penitencia, no dice otra cosa á Dios, sino que le dé esta ternura y compasion acerca de los pecados; y dióselo Dios tanto, que escribe Paulino de él en su vida, que lloraba con los que venian á confesarse con él y le declaraban sus miserias. Con esto se ganan mas los penitentes que con rigores y celos indiscretos; porque aquel amor que el confesor muestra al penitente, compadeciéndose de él, y sintiendo su trabajo y miseria, le roba el corazon, y le mueve mucho á que él tambien le ame y le cobre mucha aficion; porque no hay cosa que mas mueva á uno á amar que ver que es amado, y cualquier cosa que le digais con ese amor se le imprime en el corazon; y aunque mas

(1) Colos. iii, 12.

(2) Hebr. iv, 15.

le reprendais de esa manera, no se exaspera, porque lo toma como de padre verdadero: y así dice san Basilio (1) que han de ser todas nuestras reprensiones: *Tamquam si nutrix foveat filios suos*, que entienda el otro que nacen de entrañas de amor, y del deseo que tenemos de su bien y salvacion. Esto es saber *infundere oleum, et vinum*, que dice el sagrado Evangelio en la parábola del samaritano (2): que sepais mezclar y templar el vino fuerte de la reprension con el aceite blando y suave de la compasion y misericordia; porque eso cura muy bien las llagas y las sana, y esotras indignaciones y reprensiones ásperas y desabridas, no solo no aprovechan, sino dañan y ahuyentan los penitentes, no solo de vos, sino de la Compañía; porque piensan que los demás son tan desagradecidos y tan mal acondicionados como vos. Trae san Bernardo á este propósito (3) aquello de José, que estaba reprendiendo á sus hermanos, y no podia contener las lágrimas: *Non se poterat ultra cohibere Joseph* (4). Mostraba bien que las palabras de reprension no nacieran de indignacion ni de ira, sino de un corazon tierno y amoroso.

Para tener este corazon y entrañas tiernas y compasivas de

(1) Basil. in Reg. brev. interrog. 184.

(2) I Thessal. ii, 7; Luc. x, 34.

(3) Bernard. serm. 11 sup. Cantic.

(4) Genes. XLV, 1.

los pecados de nuestros prójimos, y no nos indignar ni airar por eso contra ellos, ayudará mucho una consideración muy buena que trae el P. M. Ávila (1). De dos maneras se pueden mirar los pecados de los prójimos: la primera, como ofensas é injurias hechas á Dios; y de esta manera mueven á ira é indignación, y á deseo de castigo: la segunda, como mal de nuestro hermano; y si de esta manera se miran, no mueven á ira, sino á compasión, porque ningún mal les puede venir á los hombres que tanto daño les haga como el pecado; y así ninguno es materia tan propia de compasión y misericordia como la culpa, mirándola de esta manera: y cuanto uno más ha pecado, tanto más provoca á compasión, porque se ha hecho mayor daño y tiene mayor mal: como las injurias y malas palabras del frenético no nos mueven á ira, sino á misericordia y compasión; porque las consideramos como mal y enfermedades del que las dice, y no como injurias nuestras. De esta manera al mismo Dios mueven nuestros pecados á compasión y no á ira, cuando los mira con misericordia, no como á ofensa suya, sino como mal y miseria nuestra. Pues de esta manera habemos de mirar nosotros los pecados de nuestros prójimos, como mal y daño suyo, para compadecernos de ellos como quer-

(1) M. Ávila, cap. 21 de Audi filia.

rámos que Dios mirase los nuestros, no con ira y justicia para castigarlos, sino con misericordia y compasión para perdonarlos y remediarlos; y ese será buen celo, y según el corazón de Dios, que es misericordioso y hacedor de misericordias.

CAPÍTULO XIV.

De otro medio para hacer bien nuestros ministerios, que es poner los ojos en lo interior de las almas, y no en lo exterior que se parece de fuera.

Uno de los principales avisos que dan los Santos y maestros de la vida espiritual á los que tratan con prójimos es que pongan los ojos en las almas, y no en los cuerpos ni en la apariencia exterior. Hay algunos, dice san Bernardo (1), que miran á lo exterior: ponen los ojos en los bien agestados y bien dispuestos, y en los que andan bien tratados y bien aderezados, y á esos se inclinan, y huelgan de tratar; pero los que tienen los ojos sanos no miran sino lo interior del alma, la cual no es más hermosa en el cuerpo hermoso que en el feo, si en el cuerpo hermoso no fuere más santa que en el feo: más así en el feo como en el hermoso es ella hermosísima, si no estuviere afeada con pecados, y tanto

(1) Bernard. de ordine vitæ, et morum institutione.

es más hermosa, cuanto estuviere más pura y limpia de pecados, y más adornada de virtudes y dones celestiales. De ninguna cosa aprovecha la hermosura visible del cuerpo si falta la hermosura invisible del alma: aquella es común al hombre con las cosas inanimadas y con los brutos animales, más esta con los Ángeles. Pues habemos, dice san Bernardo, de entrar allá dentro, y poner los ojos en el alma, que es la que fue hecha á imagen y semejanza de la santísima Trinidad, y considerarla como templo vivo del Espíritu Santo, y miembro de Cristo, y como toda bañada en su sangre, comprada y redimida con su vida, condoliéndonos si la vemos disforme y afeada con el pecado, y sintiéndolo con grande compasión, si vemos en ella perdido el precio tan caro que costó al Hijo de Dios: y del cuerpo y de todo lo exterior habemos de abstraer lo posible, y no hacer de él caso más que de un costal de estiércol, y un saco de inmundicia, y un muladar cubierto de nieve, ó un sepulcro blanqueado por defuera; porque eso es este cuerpo nuestro: y en tanto grado quieren que guardemos esto, y que andemos en ello con tanto cuidado y recato, que dice Gerson: *Non solum non attendat discretionem formarum, sed neque discretionem sexuum*: No solo no ha uno de atender si el penitente ó aquel con quien trata es bien ó mal agesta-

do; pero ni aun ha de atender ni hacer reflexión en si es hombre ó mujer, sino poner solamente los ojos en las almas y en el remedio de ellas, abstrayéndose de todo lo demás, y no haciendo caso de ello, porque en las almas no hay esas diferencias.

Este aviso es de mucha importancia: lo primero, porque de esta manera nuestro amor será espiritual y de verdadera caridad con Dios, y por Dios y para Dios puramente; y ese otro es amor carnal y sensual, y muy peligroso: lo segundo, importa también mucho este aviso á los que tratamos con prójimos, para animarnos á nuestros ministerios, y para ejercitarlos como debemos, acudiendo de tan buena gana al pobrecito y al desamparado, como al rico y poderoso; pues tanto le costó á Dios el alma del pobrecito que está en el hospital, y del desamparado que se viene á confesar, como la del caballero, y del que anda muy bien tratado. San Ambrosio (1) trae á este propósito el ejemplo de Cristo nuestro Señor, del cual leemos en el sagrado Evangelio, que no quiso ir á casa del régulo á curar á su hijo, pidiéndosele su padre, y yendo él mismo en persona á suplicárselo: *Ne in reguli filio videretur magis divitiis detulisse*: Porque no pareciese que se movía por ser rico y principal, así el enfermo, como el que se lo

(1) Ambros. lib. 5 super Lucam; Joan. c. iv, 41.